

dando vencido el juez, se convirtió á la fé de la católica Iglesia, siguiéndose á su conversion la de toda su familia, recibiendo el bautismo cuatrocientos esclavos á quienes dió libertad.

Aumentábase de dia en dia la persecucion, y la mayor parte de los convertidos por San Sebastian habian sufrido el martirio, en diversos géneros de tormentos. Se acercaba la hora en que el glorioso soldado de Jesucristo consiguiese tambien la corona del martirio por que tanto habia suspirado. Sabedor Diocleciano de que Sebastian en traje de soldado suyo, era cristiano y hacia la guerra al paganismo, le hizo comparecer en su presencia, y con las espresiones mas sentidas, le acriminó su ingratitude, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el emperador y el imperio defendiendo una religion tan perniciosa al Estado. Lejos de acobardarse Sebastian al verse en la presencia de Diocleciano, le contesta con el mayor valor diciéndole, que él no podia hacer servicio mas importante al emperador y al imperio, que adorar á un solo Dios verdadero, y que estaba tan distante de faltar á sus deberes por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia serle tan ventajoso como tener vasallos que menospreciando los falsos dioses, dirigiesen sus ruegos al Criador y conservador de todas las cosas para alcanzar su prosperidad y la del Estado.

¡Oh glorioso Sebastian! No esperes ablandar el corazon del mónstruo del Capitolio, ni esperes por contestacion otra cosa que el decreto de tu muerte. Van á cumplirse tus deseos, esforzado confesor de Jesucristo, pues que en premio de tu constancia en la fé, vás á recibir la palma y la corona del martirio.

En efecto, señores, irritado el emperador con la respuesta de Sebastian, manda que inmediatamente fuese amarrado á un árbol, y que fuese asaeteado por los mismos soldados que él mandaba. No se dilató la sentencia. Los soldados conducen á Sebastian al sitio determinado para llevarla á cabo, donde cubrieron su bendito cuerpo de una lluvia de saetas, hasta que le dejaron, en la persuasion de que debia haber espirado á fuerza de estos tormentos. Una santa mujer, viuda del mártir Castúlo, salió en el silencio de la noche con el objeto de dar sepultura á San Sebastian y no puede menos de admirarse al verle vivo, pues que Dios se habia dignado conservar le la vida, que habia de perder en un segundo martirio. Hizo conducir aquella mujer á Sebastian secretamente á su casa, donde le prodigó los mayores cuidados, hasta tanto que sanó perfectamente de sus heridas.

No permita Dios, señores, que por celebrar al glorioso mártir San Sebastian, trate yo de rebajar el mérito de los demas mártires de la religion. Nada menos; pero sí diré que si todos ellos dieron pruebas de su constancia, Sebastian las da estraordinarias. Consideradle, despues de haber sufrido el tormento de las saetas, cuando queda restablecido de sus heridas. No se esconde en las concavidades de los montes huyendo de la ira de Diocleciano y temiendo mayores tormentos: antes por el contrario sale al encuentro del tirano y poniéndose ante su presencia: «¿Es posible, le dice lleno de energía, que eternamente os habeis de dejar engañar de los artificios y de las calumnias, que perpétuamente se estan inventando contra los pobres cristianos? Tan lejos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis

otros vasallos mas fieles y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.»

Como es natural, sorpréndese Diocleciano al escuchar á Sebastian á quien creia muerto: «¿Eres tú, le pregunta, aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida? No lo dudes, respondió el santo, soy el mismo Sebastian, y si mi señor Jesucristo me ha conservado la vida, ha sido para que ahora en presencia de este pueblo, dé un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometes persiguiendo con tanto furor á los cristianos.»

No mas palabras aguardó el mónstruo, para mandar que Sebastian fuese conducido al Circo, donde fuese apaleado sin compasion hasta que exhalase el último suspiro. Así se efectuó, señores, y en este segundo martirio entregó su alma á su Dios, pasando á recibir la corona de los mártires tal dia como hov del año de nuestra redencion 288. Creo que no diré nada de mas con llamar á Sebastian no solo mártir sino apóstol de la religion. Hablando San Juan Crisóstomo (1) de la gloria que se adquirieron los primeros apóstoles de la religion, la distinguió con estos tres caractéres ó señales: triunfos resplandecientes, muerte rigorosa y nombre y fama inmortal. Los triunfos adquiridos por Sebastian los habeis visto, en tantos como convirtió á la fé de Jesucristo; su muerte no pudo ser mas rigorosa puesto que puede decirse fué mártir dos veces: su nombre y fama es tan inmortal quanto que en todas partes es celebrada su memoria, quando innumerables pueblos de todos los reinos cristianos le reconocen por patrono. Luego Se-

(1) Joann. Chrysost. in Duod. Apost.

bastian fué un apóstol y un mártir ilustre de la religion. Pero no sirva, señores, tan solamente para vuestra admiracion su maravillosa constancia en la fé y en medio de los tormentos, pues que ella debe servir para ejemplo de la constancia fervorosa que vosotros debeis tener en vuestra devocion al santo á quien venerais como patrono.

SEGUNDA PARTE.

Dos causas principales descubro, señores, para exhortaros á la constante y verdadera devocion al ilustre mártir San Sebastian, que son el patronato que tiene sobre esta villa y los beneficios que siempre y en todo tiempo os ha dispensado. No creo que haya en el auditorio que me honra con su atencion ningun filósofo moderno de esos que se han propuesto reproducir las antiguas doctrinas condenadas por la iglesia, con las que se rien de nuestra devocion á los santos, del culto que les tributamos y aun nos acusan impiamente de idolatría porque erigimos templos dedicándolos á las criaturas, debiendo ser consagrados solamente al Dios verdadero. Contestaré no obstante á estas objeciones, por si desgraciadamente ha bebido tan perniciosa doctrina alguno de mis oyentes. Los que así hablan es porque no quieren comprender que los católicos distinguimos dos clases de culto, uno de adoracion al Sér Supremo, y otro de intercesion á los santos, y si dirigimos á estos nuestras oraciones es para que ellos las presenten ante el trono del Excelso, é intercedan por nosotros: tal es tambien la razon porque damos la advocacion de los santos á nuestros templos, aunque todos ellos se erigen al Dios de las

magestades. Ni venerando á los santos faltamos al precepto divino que nos manda no adorar mas que á Dios, pues que reconociendo las virtudes de aquellos como dones de este, no hacemos otra cosa que adorar á la Divinidad que se hace admirable en sus escogidos y suplicarle por la intercesion de los bienaventurados el remedio de nuestros males: ellos son los modelos que la Iglesia nos presenta para que arreglemos nuestra conducta: y si se predicán sus virtudes al pueblo, es para que los fieles se alienten á imitarlas. Quedan contestadas las impías objeciones de los modernos reformadores.

Ahora bien, señores, este pueblo ha elegido solamente á Sebastian entre tanta multitud de santos como reinan en el cielo, por su tutelar y patrono en la tierra: ¡cuántos beneficios podeis esperar que por su medio é intercesion os franquee la divina bondad! Si tanto estima nuestro Dios la oracion continua del justo aun cuando vive sobre la tierra: *Multum valet deprecatio justí assidua*, ¿cómo no aceptará las oraciones y ruegos de estos justos cuando son ya habitantes de la triunfante Iglesia? ¿Y qué no podeis esperar de Dios nuestro Señor, por la intercesion de San Sebastian cuando por él ha recibido tantos beneficios la humanidad? ¿Cuál es el motivo de haberse erigido tantos templos con su advocacion, de habersele levantado tantos altares, de ser sus imágenes tan celebradas en todo el órbe católico? Oídlo. Desde que en el año 680 consiguió Roma por la intercesion de su glorioso mártir San Sebastian verse libre de aquella desoladora peste de que infestada por algunos meses, quedó casi despoblada, manifestó en solemnes festividades, y perpétuos votos á tan insigne protector

su gratitud y reconocimiento; siguieron su ejemplo muchas ciudades de Italia, acogiéndose á su proteccion para librarse de la peste y demas enfermedades contagiosas, segun que con la autoridad de Pablo Diácono, lo testifican Baronio y Catalini (1), y ved aquí la causa de empezarse á estender tanto en aquel reino la devocion del santo.

Ni ha sido sola la Italia la que ha recibido los efectos saludables de la devocion constante á San Sebastian; nuestra española nacion, al paso que iba sacudiendo el tirano yugo de los moriscos, principió á florecer en sus pueblos la devocion y el culto á este glorioso mártir, edificándole templos, erigiéndole altares y dedicándole los mas solemnes votos con el designio de que Dios les librara por su intercesion del azote terrible de la peste (2). ¿Y podrán reducirse á guarismo los beneficios que desde aquella época ha dispensado á los pueblos de nuestra Península, las veces que Dios ha levantado el brazo de su justicia, suspendiendo las pestes y las epidemias por los ruegos de Sebastian? Y si tan á manos llenas ha prodigado sus favores á cuantos con verdadera confianza le han invocado, ¿qué no debereis esperar vosotros que le venerais como patrono? ¿Podeis persuadiros que en medio de vuestras aflicciones, estará Sebastian en el Empíreo mirando con indiferencia y sin rogar al Señor por el bien de un pueblo de quien es tutelar y patrono? Júzguelo así en buen hora el impío, pero vosotros debeis conocer que en todos los casos infaustos no cesa de interceder en vuestro favor.

(1) Baron. ann. 680, ibi pagin. 13.—Catalani Comment. ad Ritual. tit. 9, cap. 10, p. 2 et seq.

(2) Tamayo de Salazar, Martirol. Hispan. die 20 Jan.

¿Pero creéis, señores, que una devoción fría que no nazca del corazón, es suficiente para que San Sebastian os alcance las bendiciones de lo alto? no: ¿de qué servirá tanto regocijo en el día de hoy, si en el resto del año no os acordáis de vuestro patrono? ¿De qué servirá que os congregueis á escuchar en esta mañana su panegírico, si no tratáis de imitar las virtudes que en él resplandecieron? No estamos hoy, por fortuna, en esas épocas de sangre en que se ha perseguido al cristianismo; no se nos obliga hoy á escoger entre ofrecer sacrificios á falsos dioses ó derramar nuestra sangre en el martirio: por lo tanto si no podeis imitar á Sebastian en la constancia en los tormentos, podeis y debeis tomar su ejemplo en la constancia, en la práctica de las virtudes. Sebastian amó á su Dios del modo que debemos amarle todos los cristianos, del modo que se nos prescribe al recibir las regeneradoras aguas del bautismo, es decir, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. ¿Vosotros, los que os gloriáis de llevar el nombre de cristianos y os preciais de devotos de San Sebastian, podeis decir otro tanto con respecto á vuestro amor á Dios? Podrá decir únicamente que su devoción es verdadera y que puede confiar en la protección del santo, el que huye de la soberbia y ama la humildad como Sebastian, el que apartando de sus labios la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, vive en pureza y santidad, el que estendiendo la caridad á sus prójimos, emplea sus bienes en buscar las necesidades para socorrerlas, en enjugar las lágrimas del pobre, á imitación de San Sebastian, que como visteis en la primera parte de este discurso, empleaba cuanto tenia en socorrer á los perseguidos cristia-

nos, en proporcionarles el sustento del cuerpo, al tiempo mismo que el alimento del alma: y en suma, el que lejos de emplear su lengua en echar por tierra la honra de sus prójimos ó en adulaciones impropias del carácter del cristiano, la emplea como Sebastian en alabar y bendecir á Dios nuestro Señor, dispensador de todo bien, en pronunciar palabras de buen ejemplo, en gloriarse de ser miembro de la Iglesia de Jesucristo.

Si así lo haceis, hermanos míos, conseguireis la protección de vuestro santo Patrono. No olvideis que la falsa devoción, la hipocresía, la falta de caridad, son signos de reprobación, así como la sólida y verdadera devoción, el testimonio de una recta conciencia, el trabajo, la adversidad y la persecución sufridas con resignación, con gusto y alegría son signos de predestinación. Supuestos estos principios en que concuerden los teólogos, ¿cuántos predestinados, os preguntaré yo, como el Crisóstomo al innumerable concurso que le escuchaba uno de sus sermones, cuántos predestinados creéis que habrá entre vosotros? No quiero turbar vuestros espíritus, pero no puedo menos de deciros que son los menos: si en Constantino-
pla, donde predicaba aquel santo, le parecia que de cada mil almas habria una predestinada y aun dudaba de este número, ¿qué diria si predicase en este momento á este pueblo? ¿Quereis, pues, ser participantes de la gloria, acompañar á Sebastian en la mansión de los escogidos? Si así lo deseais, humillad vuestros entendimientos, arreglad vuestra voluntad y acostumbraos á hacer buenas obras, acordándoos de la incertidumbre de vuestra salvación. Cooperad á vuestra salvación, con temor y temblor, según que nos

enseña San Pablo: *Cum timore et tremore salutem vestram operamini* (1). Sed humildes, mansos de corazón, ejerced la caridad en orden á Dios y á vuestros prójimos, practicad, en suma, buenas obras si quereis asegurar vuestra salvacion, segun el consejo de mi gran Padre el Príncipe de los Apóstoles (2). Obrando de este modo, vuestra devocion será aceptable á los ojos de Dios; Sebastian intercederá por vosotros, y llegareis á ocupar un asiento en la gloria desde la que confundireis á los que se reian de vuestra piedad en la tierra, al modo que Sebastian y los demas mártires de la religion están confundiendo á los tiranos que les persiguieron y atormentaron, con la constancia que tuvieron en la fé de Jesucristo. *Tunc stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum.*

¿Y qué os pediré, ilustre mártir de Jesucristo, al concluir mi oracion? ¿qué súplicas os dirigirá en favor de este pueblo que tanto te venera y te reconoce como Patrono? Que las malas y perniciosas doctrinas no entren á visitar á los habitantes de esta piadosa villa.

Que sus cosechas sean abundantes para que puedan atender al socorro de sus necesidades.

Que la peste y enfermedades contagiosas no invadan su territorio.

Que la paz, esa dulce paz que viene de Dios y no del mundo, reine entre todos ellos.

Que sean imitadores de tus virtudes practicando las buenas obras.

(1) Ad Philip. cap. II.

(2) Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis. II Petr. cap. I, v. 10.

Y en suma, que les alcanceis la divina gracia, á fin de que muriendo con la muerte de los justos, logren estos tus devotos y logremos todos los que te veneramos en la tierra entonar en tu compañía cánticos en accion de gracias á nuestro buen Dios, en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos por eternidad de eternidades. *Amen.*